

15/04/00

UWQAoJ^ - ^TTTBfcWouíQ,,

- 2010 -

Geoffrey Nunberg
(compilador)

El futuro del libro

¿Esto matará eso?
Epílogo de Umberto Eco

3. Cuestiones materiales: el **pasado** y la futurología del libro

Paul Duguid

1. ¿Adiós al libro?

Con apenas el inicio del cambio digital, la larga era de la «llegada del libro» parece haber dado paso al breve periodo de su desaparición.¹ Porque las predicciones insisten en que va a desaparecer, como el telegrama, el teléfono de bakelita, el disco de vinilo o el ordenador analógico. Unidos tan sólo por un sentimiento compartido de inevitabilidad, tristes bibliófilos y triunfantes tecnófilos dicen adiós al libro.² Mientras se leen elegías, los ojos pasan de mirar hacia la historia a mirar hacia el futuro. Preocuparse por el pasado tiene el peligro de parecer el Salisburys de Shakespeare, intentando vanamente «revivir el pasado, invitar al tiempo a que retorne», mientras que hablar de la continua importancia del libro nos puede definir como un moderno erewhoniano.³

Sin embargo, quiero añadir que hay buenas razones más allá de la nostalgia o el odio insuperable hacia la tecnología para cuestio-

1. La «aparición del libro» fue una frase utilizada por Febvre y Martin (1984; primera edición en 1958). Su elegía fue leída justo cuatro años más tarde por McLuhan (1962). McLuhan, que no es tan determinista tecnológico como opinan algunos, no hizo tan breve la «desaparición» como algunos estudios más contemporáneos, ya que sitúa el comienzo de la «desaparición» tan sólo 150 años antes (véase McLuhan, 1962: 3). Sin embargo, la transición de aparición a desaparición sigue siendo breve, ya que fecha la «desaparición» apenas una década después de que Febvre y Martin den por concluida la «aparición».

2. Para un ejemplo reciente de lo sombrío, véase Birkerts (1994); para el triunfante, véase Lanham (1994).

3. Los erewhonianos de Butler destrozaron todas las máquinas; los libros se convirtieron entonces en la única manera para las futuras generaciones de conocer esos objetos malignos (Butler 1970: capítulos 23, 24).

nar la aparente elección entre saltar hacia lo nuevo o ahogarse con lo antiguo. Los futurólogos tienen la costumbre de anunciar las muertes y los nacimientos de forma prematura. Las máquinas que hablan, los robots domésticos, las máquinas de traducción automática, y una variedad de «nuevas tecnologías» han sido durante más de cuarenta años ejemplos permanentes de «futuribles» siempre a punto de aparecer «en la próxima década». Incluso la oficina sin papeles, que lleva tiempo anunciándose, no parece llegar nunca. De hecho, muchas oficinas digitales ni siquiera pueden prescindir de la máquina de escribir, aunque su «Nunc Dimittis» fue anunciado hace años. La corriente moderna de predicciones insiste en que no miremos hacia atrás. Pero las predicciones del pasado, sobre todo las que, al igual que éstas, han fracasado, merecen mucha más atención de la que se les presta. Sin embargo, no para vanagloriarse, sino para averiguar en qué se han equivocado.

Con las predicciones tecnológicas, las presuposiciones sobre la relación entre pasado y futuro, por una parte, y simplicidad y complejidad por otra, hacen que estas afirmaciones sean más plausibles de lo que deberían.⁴ Si aceptamos el pasado como simple y el futuro como complejo, tendemos a no cuestionar la idea de que las nuevas y complejas tecnologías acabarán con sus simples antecesores. Así, por ejemplo, en 1938, el *New York Times* afirmaba que la complicada máquina de escribir acabaría con el sencillo lápiz CPetrosky, 1990: 331).

Otro ejemplo: la cuestión de la puerta. Desde los años veinte, la gente sabía que estaba viendo una película sobre el futuro (y no simplemente sobre gente que se divertía con Spandex *avant la let-*

4. El problema de las predicciones sobre la muerte de objetos más antiguos como el libro, sospecho, es que en realidad causan más daño a lo nuevo que a lo viejo. Infravalorar lo que implica realmente la sustitución y sobrevalorar lo que puede conseguir ¡a tecnología se combinan demasiado fácilmente para lanzar a las nuevas tecnologías a un mundo que pasa de lo sublime a lo vulgar. En el caso del libro, a cambio de algunos de los complicados procesos socio-materiales que Jerome McGann ha abarcado con el término "intercambio textual", se nos han ofrecido orgullosamente tecnologías con todo el encanto clínico pero menor versatilidad física de una tarjeta de índices de tres por cinco o un rollo de papel sin costuras (McGann, 1991: 3). Frente a esto, el atractivo polimorfo del libro sigue siendo relativamente incuestionable. (De hecho, muchos de los que proclaman su final eligen el libro mismo para dar a conocer sus ideas, lo cual se parece a la lógica de nombrarse uno mismo ejecutor de su propio testamento.) Por otra parte, las jactanciosas predicciones unidas a una utilidad limitada han contribuido a disminuir el entusiasmo por las alternativas potenciales del hipertexto y los multimedia.

tré) por la presencia inevitable de puertas, correderas. La sustitución de la simple bisagra por una tecnología automática se convirtió hace tiempo en una sinécdoque visual del triunfo del futuro. Pero aunque esas puertas siguen apareciendo en las pantallas futuristas, la bisagra manual milenaria pervive a nuestro alrededor (incluso en los ordenadores portátiles y los teléfonos móviles). Sobrevive porque, a pesar de su simplicidad tecnológica, el tiempo ha otorgado a la bisagra una rica complejidad social que aquellos que predicen su desaparición inmediata no aciertan a apreciar.⁵ Las puertas abisagradas, después de todo, no son sólo para pasar por ellas. Comunican polisémicamente. Podemos abrirlas dé par en par o cerrarlas de golpe, sujetarlas o dejar que batan, dejarlas entornadas y escondernos tras ellas, darles patadas, puñetazos o abrirlas con los hombros, abrirlas de forma triunfante o cerrarlas desafiantes.

La no desaparición de lápices y bisagras (e incluso de máquinas de escribir) mucho después del desarrollo de alternativas demuestra que, al predecir las conquistas tecnológicas y al describir el estado de la complejidad técnica, tendemos a infravalorar lo que Raymond Williams (1974) llama el «complejo socio-material», del cual la tecnología sólo es una parte. Como un jardinero exasperado, cortamos triunfantemente con tijeras la planta expuesta al exterior, olvidando lo profundas que pueden ser las raíces. Los lápices y bisagras sobreviven a los avances tecnológicos por la fuerza de su profunda utilidad social. Por razones similares, el simple libro encuadernado también durará probablemente mucho. La cubierta, la página, el lomo roto, la forma en serie, el texto inmutable, el peso revelador, los distintos formatos, un tamaño manejable, etcétera, ofrecen su profundamente enraizada y resistente combinación de progreso social y tecnológico y siguen proporcionando una materia significativa sin igual.⁶

Por tanto, para explorar cuestiones sobre el pasado y el futuro del libro, empiezo por el hecho innegable de que, a pesar de las lúgubres elegías y los triunfantes anuncios de desaparición, el libro,

5. Por supuesto, la bisagra también pervive porque es tecnológicamente muy sencilla.

6. No es prudente darse por satisfecho con la supervivencia del libro. Es cierto que sobrevive, pero es probable que los bibliotecarios que han visto cómo recortaban sus presupuestos y los colegas a los que les han suprimido las bibliotecas en nombre de alternativas todavía inexistentes no vuelvan a recuperar esos fondos. La afirmación de que la «biblioteca sin muros» existe me suena a proclama oportunista de los recortadores de presupuesto más que a una predicción razonable aunque equivocada.

al igual que la bisagra, sigue presente. Su presencia continua plantea las cuestiones relacionadas de la resistencia de los soportes materiales y la fragilidad de las predicciones, y me permite sugerir que, para diseñar nuevos y robustos objetos (al constituir el diseño en sí un acto de predicción), es importante no definir la supervivencia como resistencia terca e irrelevante, sino considerar, en términos sociales e históricos, las razones de esta pervivencia.

Por desgracia, la necesaria tarea de establecer la relación entre viejas y nuevas tecnologías es difícil. Si, como sugiere Benjamín (1969: 257), el Ángel de la Historia regresa al futuro, «el rostro vuelto hacia el pasado» y el desastre acumulándose a sus pies, el ángel de la tecnología avanza generalmente mirando hacia el otro lado, intentando eliminar objetos y objeciones de su camino.⁷ Hay mucho que ganar si conseguimos que los dos ángeles se vean cara a cara. Por desgracia, como expondré, esto se hace cada vez más difícil. El ángel de la tecnología está ocupado en un flirteo con la «teoría crítica», que alberga gran parte de lo que Jameson llama la «sordera a la historia» del posmodernismo. Añadir la sordera a la ceguera no es lo que McLuhan imaginaba cuando predijo un regreso a la sinergia de lo auditivo y lo visual, aunque pueda explicar por qué el volumen de debate y, sobre todo, de la demonización del libro ha subido uno o dos puntos como resultado de este flirteo.⁸

Cualquier opinión de que las viejas tecnologías pueden enseñarnos algo sobre las nuevas ha sido rechazada por dos tropos futuroológicos (apoyados en distintos grados por la teoría crítica) que pretendo examinar en detalle. El primero es la noción de *sustitución*, la idea de que cada nueva tecnología elimina o acaba con sus antecesores: «Esto matará a esto otro», en palabras del archidiácono de Víctor Hugo, que todavía resuenan en los debates sobre el libro y la tecnología de la información. El segundo es la exigencia de *liberación*, el argumento o *SL*iposición de que buscar nuevas tecnologías de la información es al mismo tiempo una legítima búsqueda de libertad. Los liberacionistas sostienen, como dice otro aforismo muy citado, que «la información quiere ser libre», y que la nueva tecnología va a liberarla. Por el contrario, el

7. Los erewhonianos tenían una imagen parecida: «El hombre pasa por la vida con su rostro vuelto hacia el pasado en lugar de hacia el futuro» (Butler 1970: 181).

8. Véase, por ejemplo, a Lanham (1994: 23), que habla de «esta importante convergencia de presiones sociales, tecnológicas y teóricas», o Landow (1992); Jameson (1994: xi), McLuhan (1962).

libro nunca parece quitarse de encima sus estrictas cadenas medievales.

f

Juntas, las ideas de sustitución y liberación presentan un frente unido plausible, pero que esconde algunos conflictos significativos. Primero, las razones culturales para la sustitución se apoyan fuertemente en el lenguaje del posmodernismo, mientras que los argumentos de los liberacionistas sobre la emancipación están llenos de las ideas de la gran antipatía del posmodernismo, el «proyecto de la ilustración». En segundo lugar, las ideas tecnológicas de sustitución esperan comprensiblemente que el progreso se produzca a través de la tecnología, mientras que la liberación busca liberarse de ella.

Este último conflicto refleja, en mi opinión, incertidumbre en cuanto a las relaciones entre forma y contenido, información y tecnología. En general, tanto la sustitución como la liberación presuponen que la información se mantiene independiente de la tecnología que la transporta. Mientras que yo sostengo que, si se puede considerar que los libros «contienen» e incluso encierran la información, esa información debe, según este último análisis, ser entendida forzosamente como un producto de la elaboración de libros. Los libros no son una alternativa encuadrada en piel a las libertades de los temas múltiplemente conectados del hipertexto, sino una importante solución social, política e histórica a los problemas planteados por la particularidad de dichas cuestiones.

Así que, al final, para ofrecer alternativas serias a los libros, necesitamos 'primero comprender e incluso duplicar aspectos de su complejidad social y material. De hecho, todavía por un tiempo, será probablemente mucho más productivo caminar al lado del libro que seguir diciendo insistente pero inútilmente «adiós».

2. La sustitución del libro

La idea de sustitución siempre acompaña a las discusiones sobre el libro, donde se repiten una y otra vez las palabras del archidiácono de Hugo: «Esto matará a aquello. El libro matará al edificio... La prensa matará a la iglesia... la imprenta matará a la arquitectura» (Hugo, 1978: 188-189). Y, aunque está claro que el libro no acabó con la arquitectura, ahora se leen esas palabras como argumento en su contra. La tristeza del archidiácono se transforma en el triunfo de los engullidos: la arquitectura informática se pregara para vengarse. Por tanto, parece adecuado que el decano de

arquitectura del MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) concibe un futuro en el que el libro existirá sólo como una especie de tratamiento de metadona, inútil excepto para los «adictos al aspecto y tacto de trozos de árbol encerrados en una vaca muerta (y dispuestos a pagar por ello)» (Mitchell, 1955).⁹

Por supuesto, las predicciones de futuro en el sentido de que el pasado no aporta gran luz acompañan no sólo a los libros. Siguiendo el anuncio de Toffler de que la sociedad estaba cruzando la mayor línea divisoria desde que el barbarismo dio paso a la civilización (un cambio producido, según él, por el gran motor de la tecnología), la retórica de la revolución tecnológica y el abandono de las ideas del *ancient régime* no son precisamente excepcionales. Abundan los anuncios de rupturas y desconexiones, de cambios paradigmáticos y transformaciones sociales, de olas y generaciones, y de separaciones entre lo viejo y lo nuevo. Actualmente se trata tan sólo de un reflejo, más obligatorio que provocativo, que Negroponte afirme que estamos entrando en una «cultura radicalmente nueva» promovida por el movimiento tecnológico que va de los «átomos a los bits». Bajo el peso acumulativo de estas proclamas, cada vez resulta más fácil creer que quedarse atrás en la carrera tecnológica es quedarse atrás en la carrera del ser humano. Desde este punto de vista, el camino de la tecnología es «inevitable», según Negroponte (1995: 4).¹⁰ Demorarse o mirar hacia atrás podría ser un síntoma de locura, según Lanham (1994: 23), de aislamiento en un «museo marchito del intelecto», según Feigenbaum y McCorduck (1983), o de «futuro shock» clínico, esos síntomas morbosos del individuo inadaptado al progreso (Toffler, 1971: 21).¹¹

Pero si el alcance de esta revolución atañe a la humanidad en su conjunto, el libro constituye desde luego una importante pieza central. Tampoco es simplemente un símbolo de reacción. Aceptado por muchos como «agente de cambio» en la revolución de Gutenberg, el libro es fácilmente utilizado como fuerza de reacción en

9. Landow (este volumen) señala acertadamente que los bibliófilos fetichizarán el libro y razonarán como si todos los libros fueran incunables si eso les da la razón. Esta imagen de Mitchell deja claro que los tecnófilos hacen lo mismo cuando les conviene. Esta convergencia refuerza mi idea central de que, en muchos puntos, las coincidencias entre bibliófilos y tecnófilos son mayores que las divergencias.

10. La idea de Negroponte de una «nueva cultura» es modesta comparada con su suposición dominante de la «nueva ontología» del «ser digital».

11. Véase Toffler (1971: 12), Lanham (1994: 23) y Feigenbaum y McCorduck (1983).

la revolución de la información.¹² Sus características materiales soportan las acusaciones de imponer una gran cantidad de bagaje ideológico a gente inocente. Por tanto, Landow (1992) considera que su «centro y margen, jerarquía y linearidad» alimenta un «sistema conceptual» maligno. Él insiste en que el libro es algo que «debemos abandonar» para llevar a cabo este «cambio paradigmático, que supone una revolución en el pensamiento humano».

En dichas predicciones de una revolución textual, las voces de los teóricos críticos y los posmodernistas se unen a los tecnólogos que proclaman la sustitución. Sin lugar a dudas, están bien equipados para ese papel ya que, en palabras de Jameson (1994: ix), el posmodernismo «busca rupturas» y, cuando las encuentra, las re-trata generalmente en términos sustitutivos. Por tanto, Olsen, al que se atribuye el primer uso de «posmoderno», buscó la completa ruptura con el pasado: «¿No habiéramos hecho mejor nosotros mismos (quiero decir, los posmodernos) en dejar atrás esas cosas?» (Olsen, citado en Ford, 1995). Más famoso todavía, Lyotard (1979: 3) anunció la «condición posmoderna» rechazando inequívocamente cualquier precedente: «el estatus de conocimiento está alterado..., la situación general es de separación temporal». Pero en los escritos de Baudrillard es donde mejor se ve esa idea de que culturalmente, el pasado ha quedado olvidado, ya que repite página tras página que las cosas «ya no son», «ya no», «nunca más», como eran: *ne...plus, ne...plus, ne...plus* salpica toda su obra.¹³

«Hay que desconectar» parece ser el grito de guerra unánime tanto de los teóricos contemporáneos culturales y tecnológicos, y esta convergencia aparente se presenta en ocasiones como prueba independiente y acumulativa de un cambio epistemológico o incluso ontológico. Sin embargo, yo creo que se trata más bien de un caso de coincidencia y oportunismo.

12. Véase, por ejemplo, Eisenstein (1979; 1983). El grado de determinismo abarcado por el razonamiento de Eisenstein ha sido muy debatido (véase McNally, 1987).

13. Véase, por ejemplo, Baudrillard (1981: por ej., 2 o sigs.), donde la suma es especialmente alta. Baudrillard ha amasado tal vez más capital cultural que Toffler y otorgado al posmodernismo un estatus mayor que a la futurología, pero sus opiniones sobre los simulacros a veces parecen poco más que una extensión frenética del anterior presupuesto de Toffler de que «las experiencias simuladas y no simuladas también se combinarán de forma que desafíen la captación de la realidad por parte del hombre» (Toffler, 1971: 213). El truco de Baudrillard ha consistido en decir que esa situación ha llegado, aquí, ahora, mientras que Toffler, sin duda alguna como inteligente especulación profesional, la localiza en el futuro.

Para comprender lo que impulsa las críticas de teóricos tecnológicos y culturales, debemos observar que, al mismo tiempo que apelan al sentido de patricidio del archidiácono, invierten su sentido. El suyo era un grito de pérdida y lamento. Estos nuevos gritos de sustitución celebran, por el contrario, su desaparición, escarpase de las cadenas del pasado y, al hacerlo, revelan que las afirmaciones de sustitución son básicamente declaraciones de independencia. Este deseo de desgajarse de la historia y de empezar a trabajar sobre una limpia *tabula rasa* implica resolver cuentas con lo viejo y vendérselas a lo nuevo.

Para empezar por lo último, las exigencias de sustitución son, por encima de todo, una importante estratagema de márketing. El rápido desarrollo tecnológico ha aumentado la presión para vender lo nuevo a expensas de lo viejo, por muy duradero que sea lo viejo. Los departamentos de ventas ya no ofrecen sólo un coche nuevo, sino un nuevo tipo de coche. Lo nuevo no se limita a reemplazar a lo viejo, lo suplanta. El tema publicitario recurrente de una «revolución tecnológica» insiste en que la máquina que tenemos está anticuada y que la que necesitamos está en el escaparate. Mientras tanto, establecer una pausa para volver al año uno de la era postrevolucionaria distrae de la resistencia de lo viejo y obliga claramente a aceptar el futuro de lo nuevo, por así decirlo, tal y como observó Henry James al apostrofar el siempre renovado «Nuevo Mundo», que «como no tenemos pasado, vamos hacia un magnífico y compensatorio futuro» (James, 1987: 66) }*

No debería sorprendernos por tanto que el debate tecnológico abrace oportunamente la idea de sustitución. Y los movimientos intelectuales también necesitan explotar sus propios pocos años de modelo con toda la energía de una fuerza de ventas. Las «líneas de salida» se han promocionado a sí mismas como un punto de partida revolucionario a partir de un pasado narcoléptico. Y como con el márketing tecnológico, estas promociones han manejado sabiamente gran parte del extraño desorden de la historia. Una afirmación de la posmodernidad promete, como señala Jameson (1994: xiv) «librarse de todo lo que sea confinador, insatisfactorio o aburrido en lo moderno, el modernismo o la modernidad». La historia puede sin duda ser uno de esos temas restrictivos, y algunas facetas del posmodernismo intentan eliminarla en nombre de la *posthistoire*.¹⁴ Pero escapar nunca es fácil. Las

14. Para el vínculo estrecho entre desarrollo y márketing, véase J. Seely Brown, «Cambiando el juego», en preparación.

15. Véase, por ejemplo, Niethammer (1992), Axiderson (1992: 279-376).

críticas a la historia siempre recuerdan la historia de las críticas. Las proclamas de sustitución tienen de hecho una historia bien documentada trazada, entre otros, por Walter Jackson Bate (1970), Harold Bloom (1975), Raymond Williams (1973) y Stephen Toulmin (1972).¹⁶

El estudio de Bate (1970: 4 *passim*) propone varias estrategias para la «carga del pasado», y también se apela a la sustitución y a los nuevos comienzos. Además, Bate observa una intrigante relación entre estas reivindicaciones culturales y la innovación tecnológica. Sugiere que cuando mejoran las técnicas de conservación cultural (el desarrollo de la imprenta, bibliotecas y museos, por ejemplo), el aumento percibido de la carga cultural urge a una nueva generación a encontrar formas de acabar con lo antiguo.

En este caso, la tecnología puede estar jugando un doble papel en este proceso. Donde la tecnología actual proclama la ruptura amenazando con ahogar a una nueva generación con el legado de lo antiguo, la «nueva» tecnología, si es lo suficientemente distinta, se puede invocar como un medio de escape. El «Manifesté du Futurisme» de Marinetti, una clásica apología de la sustitución («Estamos», declara, «en el pico más alto entre distintas épocas») proporciona un precedente claro para esta doble implicación de la tecnología. Como señala Banham (1976: 100), su visión se vio alentada por un deseo de «acabar con una tecnología antigua y encorsetada por la tradición, que no había cambiado desde el Renacimiento, por una nueva sin tradiciones». Marinetti insiste en que lo antiguo, junto con el «Tiempo y el Espacio», debe ser aniquilado por la velocidad de la nueva tecnología. Los museos y las academias, que Marinetti calificaba de «tumbas de vano esfuerzo», tenían que desaparecer para permitir que los futuristas se instalaran sin cargas del pasado. Sobre todo, Marinetti insistía a sus seguidores en que «debían incendiar las estanterías de las bibliotecas».¹⁷

Si el pasado no puede desaparecer fácilmente, al menos puede verse teórica e ideológicamente reducido a cenizas. Raymond Wi-

16. Véase también Roberts (1994).

17. F.T. Marinetti, «Premier Manifesté du Futurisme», en Bailo, Cachin-Nora, Leymarie, y Russoli (1973). Aunque gran parte del manifiesto de Marinetti suena bastante familiar a un oído posmoderno, existe una diferencia apreciable. Donde el manifiesto define unos objetivos que alcanzar, las exigencias de sustitución más recientes a menudo reemplazan la firmeza de hierro por el determinismo digital. Desde luego, *La Condición Posmoderna* no presenta una opción sino un hecho consumado.

Williams explora las maneras en que se ha producido este fenómeno. Rastreando ideas de separación temporal hasta Hesíodo, Williams (1973: 13-33) muestra que las afirmaciones sobre la increíble novedad de lo nuevo preceden al modernismo y al posmodernismo.¹⁸ (Las declaraciones de separación pueden ser de hecho uno de los lazos que atan de forma permanente una generación a la otra. Las generaciones insisten de forma tan habitual en que son totalmente nuevas que la primera en ser verdaderamente nueva puede ser de hecho la generación que no proclame esa diferencia.) Dentro de esta tradición, persisten algunas formas de despreciar el pasado. Williams argumenta que el pasado se presenta repetidamente en una versión de «pastoral» que extrae aspectos sencillos e idílicos de una época anterior tan sólo para contrastarlos con la supuesta complejidad y sofisticación del presente.¹⁹

Esta estrategia emerge en las críticas contemporáneas al libro. Las caracterizaciones de la «condición» presente a menudo retratan el pasado, bien directamente o por implicación, como una época en la que, por ejemplo, el signo y referente prelapsarianos caminaban de la mano de forma amigable. Para Baudrillard (1981: 5), ésta fue la fase infantil de la historia en la que «l'image ...est le reflet d'une réalité profonde» (la imagen es el reflejo de una realidad profunda). En contraste con la nuestra, ¿en esas sociedades pastorales, el autor estaba aparentemente vivo y era toda una autoridad, y el lector era un ser pasivo y subordinado. Los habitantes del pasado consideraban el libro como «el vehículo único y natural para el texto escrito», y el texto simplemente como «una ventana trans-

is. Como deja claro Williams, centrarse en las diferencias entre generaciones tiende a oscurecer las diferencias de clase. Por tanto, Negroponce (1995) afirma que no hay que preocuparse por las divisiones sociales entre «información para ricos» e «información para pobres». La única diferencia importante, según él, está entre la generación de adultos analógicos y la de niños digitales. Esto acabará con el tiempo, le dicta su mente extrapolativa en un argumento muy común entre los *digerati*. Sin embargo, Stuart (1995: 73) señala que en 1989, casi la mitad de los hogares con unos ingresos de 75.000 dólares o más tenían un ordenador, mientras que con ingresos menores de 15.000 dólares, sólo el 5 por ciento de los hogares tenían ordenador.

19. La estrategia de pastoralización es muy compleja. Juega con el tiempo y el espacio, recordando la conocida frase de L.P. Hartley: «El pasado es otra patria». La condición posmoderna, según Lyotard, es una propiedad únicamente de los «muy desarrollados». Así que, al igual que el pasado, otros países toman el manto primitivo y pastoral y están sometidos a similares juicios de destitución. El concepto de Edward Said de «orientalismo» (Said, 1978) elabora los efectos de esta elisión entre el pasado y lo primitivo.

párente al pensamiento creativo» y por tanto sufrían bajo la «tiránica» voz de la impresión.²⁰

Siempre debemos sospechar del desprecio que flota bajo una superficie de idealización y preocupación. Y debemos observar que muchas veces, el uso de «ellos» autoengrandece el de «nosotros». Roger Chartier (1991: 90) describe un mundo similar «en el que el libro era reverenciado y la autoridad respetada» hasta que el libro «perdió su carga de sacralidad» y «la reverencia y la obediencia dieron paso a una manera de leer más libre e informal». Sin embargo, lo que distingue al relato de Chartier de estas otras demandas es que está describiendo la actitud de las élites urbanas del siglo XVIII hacia la inocencia pastoral de sus colegas y antepasados rurales. De manera significativa, el escepticismo que nos ha hecho creer característico del lector posmoderno era al parecer evidente incluso al inicio del proyecto de la Ilustración. Teniendo esto en cuenta, nuestras llamadas a una desilusión epistemológica y mediatizada por la tecnología parecen especialmente huecas.²¹

Al final, la aparente convergencia del futurismo tecnológico y la teoría cultural no consigue diferenciarse con claridad del mismo pasado del que intenta escapar. Por el contrario, recapitula desde el principio lo que pretendía sustituir. Por supuesto, todos sabemos que los que olvidan el pasado se ven condenados a repetirlo, siguiendo el tedioso aforismo de Santayana, pero los problemas de sustitución tal vez exijan remedios más radicales. Desde un punto de vista práctico, las ideas ingenuas de sustitución hacen que algunas formas de repetición sean difíciles más que inevitables. Mientras nuestra superioridad tecnológica se considera cierta desde hace tiempo, el papel ácido y la película de nitrato de plata están destruyendo silenciosamente regiones importantes de la producción cultural del siglo XX con más éxito que el de Marinetti destruyendo la del XIX. Mientras tanto, la sustitución rápida y depredadora del hardware y el software está convirtiendo los archivos y documentos digitales recién creados en inaccesibles o ilegibles. Para salvar productos significativos de nuestra era digital, algunos sugieren que deberemos cambiar de nuevo de los bits a los átomos.²²

Hay que ser prudentes con la trivialización y el desprecio hacia el pasado, no sólo porque podemos perder documentos importan-

20. Citas de Lanham (1994: 9 y 4) y Landow (1992: 11).

21. La aparición del libro- se refería casi desde el principio a libros que se burlaban de los lectores inocentes y crédulos.

22. Véase Rothenberg (1995) y Cook (1995).